

lenta y guerrera, exponiendo a sus soldados al orgullo de la victoria. ¿Qué tentación podía dañar a aquellos santos, que vencían las más brutales y pujantes, sino la más sutil y cautelosa del orgullo? A ellos, que no sólo cumplían los preceptos, sino que habían dejado todo por seguir a Cristo, les había ofrecido éste en su Evangelio un trono en la vida eterna; fácilmente les asaltaba el vano deleitamiento en considerar la alta gloria que merecían, y entonces el solitario se humillaba recordando con fruto la leyenda venida en buen hora del Oriente. Esto nos explica la multitud de variantes que corrían de boca en boca entre los monjes y han llegado a nosotros recogidas por autores griegos mal conocidos y por viajeros que de todo el Imperio romano iban a Egipto, curiosos de admirar por sus ojos aquellos prodigios de santidad.

Hállanse reunidas en la colección titulada *Vitae Patrum*, y una dice así: Estando el beato Antonio en oración oyó una voz del cielo: «Antonio, aun no has llegado a los méritos de tal curtidor que vive en Alejandría». Muy de mañana el santo anciano coge su cayado, se dirige a la ciudad, y entra en la casa del curtidor. Éste, como Dhar-

mavyadha y como Jacob, se pasma al ver junto a sí tan santo varón. El anciano le dice: «Cuéntame tus obras y tu vida, que sólo por ti he dejado mi desierto». «Jamás, padre, responde el curtidor, jamás recuerdo haber hecho nada bueno, y por esto cada día, al ver rayar el sol sobre esta gran ciudad, pienso que todos sus moradores, del mayor al menor, entrarán en el cielo por sus bondades, menos yo, que por mis pecados merezco el infierno; el mismo sobresalto me contrista al irme a acostar, y cada vez con más vehemencia». El ermitaño le dijo: «En verdad, hijo mío, que tú dentro de tu casa, como buen operario, te has ganado descansadamente el reino de Dios, y yo como indiscreto, gastando todos mis días en la soledad, aun no he llegado a tu altura».

He aquí la forma que me parece más antigua y menos alterada del cuento entre los anacoretas de Egipto, y nótese que está referida al más antiguo ermitaño, al fundador de la vida eremítica. El cambio del carnicero en curtidor me parece bien fácil, y ya se ha explicado a propósito del segundo cuento judío el olvido del amor filial como efecto del cambio de moralidad. El humilde corazón del carnicero encantó a la imaginación

cristiana; el «soy siervo inútil» pareció la lección más saludable que se podía dar a la jactancia del religioso; honrar a los padres u otra virtud cualquiera nada significaba al lado de la humildad. Por eso el cuento del curtidor y San Antonio suprime la mención de ninguna otra virtud, ofreciéndonos así la forma más sencilla y esquemática. Sin contar además con que el amor filial equiparado a las virtudes del solitario tenía que desagradar a los padres del desierto; éstos tenían siempre en la memoria el dicho evangélico: «Quien viene a mí y no odia a su padre y a su madre y hasta su vida, no puede ser mi discípulo», dicho que acataban con una exaltación increíble; los hermanos Anub y Pastor cerraron la puerta del cenobio al ver a su madre llegar a visitarlos, preguntándola al oírla afuera llorar: «¿Quieres vernos en este mundo o en el otro?», y ella se volvió resignada sin verlos, creyéndose un estorbo para la salvación de sus hijos; por acatar aquel dicho, el solitario Maquetes, al recibir cartas de sus padres que vivían en el Ponto, las arrojó al fuego sin abrirlas, para no padecer alegría ni tristeza con las ansiadas noticias que tenía entre sus manos. ¿No se comprende bien que en el cuento de San Antonio

y en todas las otras variantes egipcias se haya suprimido la pintura del amor filial del carnicero?

Excluída esta virtud tradicional, nuevas invenciones acudieron a llenar el puesto vacío, y la imaginación de aquellos solitarios, ensimismada en continua meditación, no se cansaba de idear variantes; y ora se aplicó el cuento del brahmán a San Pioterio comparado con una monja simple para el mundo y sabia para Dios, que pasa por tonta y endemoniada; ora al abad Macario comparado con dos hermanas que jamás rompieron la paz mutua ni con sus maridos; ora a dos padres comparados con Eucaristo y María, matrimonio casto y limosnero. Fuera de las vidas de los Padres, otra graciosa variante apunta el autor de la vida de San Gregorio: un ermitaño ruega a Dios le muestre con quién compartirá la vida futura, y al oír que con el Papa Gregorio, comenzó a llorar lo poco que le aprovechaba la pobreza voluntaria, ya que tendría en la gloria igual puesto que un Pontífice opulento; a la noche siguiente el Señor le dijo: «¿Por qué osas comparar tu pobreza a las riquezas de Gregorio, si tienes tú más apego a la única cosa que posees, a esa gata cuyo lomo acaricias

todo el día, que Gregorio a todo el esplendor de su papado?»

Así las variantes fueron muchas con sólo mudar la calidad de la persona cuya vida compensaba todas las prácticas del ermitaño, único centro fijo del cuento según su nueva moralidad; el carnicero, el curtidor era sólo una herencia inútil de las creencias indias, y desapareció como vemos en las redacciones más meditadas y originales. El personaje que le sustituyó en las variantes cristianas citadas hasta ahora lleva vida santa y ordenada en medio de los quehaceres mundanales, para contrastar con el aspecto antisocial de la vida ermitaña; pero también se idearon contrastes más atrevidos, como el que se da en la variante del gran prosista español de la Edad Media, D. Juan Manuel, nacida del choque de las ideas caballerescas con las monásticas. D. Juan compara los méritos del ermitaño a los del Rey Ricardo de Inglaterra, Rey guerrero que había muerto, robado y desheredado mucha gente y que parecía muy alejado del camino de salvación; pero que en un lance apurado de la Cruzada, con un salto heroico había decidido la suerte de un desembarque y ganado más para la cristiandad que el ermitaño con sus penitencias.

Pero la variante que mejor reflejó el contraste original entre el brahmán y el çudra, entre el santo varón y el hombre de vida despreciable, fué la que sustituyó el oficio de cazador, pecaminoso en India, por otro pecaminoso en todas partes, y sin más rodeos escogió el de ladrón. Esta variante, que nos lleva ya de lleno al drama de Tirso, se la contaron hacia el año 372 de Cristo a los ilustres viajeros Rufino de Aquilea y Melania romana al visitar el Monasterio de San Pafnucio en la Tebaida. Llevando Pafnucio vida angelical, un día rogó a Dios le mostrase a cuál de los santos era semejante; un ángel le respondió que era semejante a cierto músico que en la aldea se ganaba el pan tañendo. El santo, asombrado con tal respuesta, corre a la aldea, busca al tañedor y le pregunta ansioso por su vida y hechos. El tañedor le contesta llanamente que es un malvado, borracho, disoluto, y que no hacía mucho tiempo que había dejado la vida de ladrón, que antes llevaba, para acogerse al miserable oficio de que comía. Pafnucio le estrecha más, para que haga memoria si entre sus latrocinios no había practicado obras piadosas. «De nada bueno me acuerdo, dijo el tañedor, si acaso no es que cuando yo andaba entre ladrones acogimos

un día una doncella consagrada a Dios, y como mis compañeros la rodearan codiciosos, me arrojé entre ellos, la arrebaté a su brutalidad, y por la noche la llevé sana y salva hasta su casa. También otra vez hallé una hermosa mujer errante en el desierto, y preguntéle cómo andaba por tales sitios. «¿Qué te puede importar de esta desdichada? Si me quieres por sierva llévame donde te plazca; mi marido, por una deuda al Erario, yace en prisiones y es atormentado cruelmente; ya nos han encarcelado tres hijos que teníamos, y a mí me espera igual suerte; por huirla me escondo en estas soledades, donde hace tres días que perezco de hambre». Yo entonces, prosiguió el tañedor, me la llevé a la cueva, le devolví sus ánimos agotados por el hambre, le puse en la mano 300 sueldos y la acompañé a la ciudad, donde redimió a su marido e hijos de la servidumbre y de los tormentos». Al oír esto, el anacoreta exclamó: «¡En verdad que nunca he hecho yo otro tanto! Sin duda que habrás oído hablar de Pafnucio, cuyo nombre es famoso entre los monjes; pues sábetes que soy yo ese, y que después de haber trabajado no poco por hacer mi vida grata al cielo, me ha sido revelado que ante sus ojos no tienes tú menor mérito que yo. Y

hermano mío, ya ves que Dios te aprecia, no descuides temerariamente tu alma». Entonces el tañedor, arrojando las flautas que llevaba, se fué tras el anacoreta al yermo, y sirvió allí a Dios con salmos y cantos espirituales, como antes había servido al demonio con la música mundanal, y después de tres años de vida santa, fué transportado entre los coros angélicos. Cuando a su vez Pafnucio llegó a la hora de la muerte, el ángel se le apareció de nuevo a declararle que su puesto en el cielo sería entre los profetas; pero que tan grande gloria no le había sido revelada antes, para que la propia satisfacción no le dañara. Pafnucio, no obstante, murió humillándose y decía: «A nadie en este mundo se le debe despreciar, ora sea ladrón, ora comediante, ora labre la tierra, o sea mercader, o viva ligado en matrimonio; en todos los estados de la vida hay almas agradables a Dios que tienen virtudes escondidas en que Él se deleita».

Esta versión, que en los actos virtuosos del hombre humilde recuerda a la de Rabí Nissim, tiene un especial interés por ser más cruda que las demás de la vida de los Padres: amonesta al varón que se cree justo, no sólo para que se humille al descubrir las virtudes ocultas del que se le compara en mérito,

sino para que no se escandalice aunque vea en el mismo todos los delitos de un bandolero; en el reino de Dios muchos postreros serán primeros, y muchos primeros, últimos; el hijo pródigo puede hallar tanta gracia como el siempre fiel, y los trabajadores que llegan a la viña al caer la tarde, pueden recibir tanto jornal como los que soportaron todo el peso del día y del calor.

Así el cuento de Pafnucio nos ofrece ya la anécdota del Mahabharata, preñada de toda la virtud dramática que había de producir el *Condenado*. Pafnucio, comparado a un ladrón borracho y libertino, sugirió a Tirso la comparación del ermitaño Paulo con el rufián Enrico. Esta humillación tiente demasiado la conformidad del anacoreta, quien en vez de acatar los juicios de Dios, puede escandalizarse, poniéndose así en camino de la apostasía y la condenación. Para esto era preciso suponer en él una soberbia rebelde, y aunque la leyenda en general no pone tacha ninguna a la santidad del asceta, cierta soberbia presunción se halla implícita en todas las versiones; algunas la dramatizan, aunque sea fugazmente: la de Rabí Nissim insiste en la aflicción y disgusto que en el santo produce la deseada revelación; el cuento de

Pafnucio habla del asombro del monje; en la vida de San Gregorio, el ermitaño llora y se desconsuela; en fin, D. Juan Manuel, que tan sutilmente sabía ahondar en los asuntos que trataba, nos hace entrever la pregunta dirigida al cielo por el ermitaño envuelta en desconfianza y en orgulloso espíritu escudriñador de los juicios divinos. Según D. Juan, el ermitaño alcanza primero de Dios la promesa y la seguridad de la gloria, y, siendo ya de esto seguro, pregunta quién será su compañero en el paraíso; Nuestro Señor le envía a decir repetidas veces por su ángel que no hacía bien en preguntarle tal cosa; pero el ermitaño se ahinca tanto en su petición, que al fin Dios le responde. Sabido es que los admirables cuentos de D. Juan fueron saboreados por nuestros poetas dramáticos, y parece que esta pregunta insistente y la seguridad de la salvación, de que habla don Juan, inspiraron a Tirso el tipo del desconfiado que pinta en la primera escena del drama que voy a analizar rápidamente.

Paulo hace diez años que abandonó la deliciosa Nápoles por una selva donde lleva vida solitaria.

Pero el fondo de su virtud lo amarga una gota de soberbia; al contemplar el cielo azul, le domina un deseo loco de rasgar aquel luminoso velo y de ver a Dios cara a cara. Preocupado con este afán se retira a su cueva, pero no logra orar, pues le vence el sueño, durante el cual se le figura que la muerte le tira golpes certeros con guadaña y flecha, y que su alma ve al fin a Dios; pero ¡cuánto más le valiera no verle! Le ve como Juez airado que le condena a los eternos espantos. Este sueño esparce sobre Paulo la «noche oscura» del desconuelo, de la sequedad espiritual. Paulo no soporta la prueba que Dios hace de sus servidores, y lleno de terror, dudando de su destino, quiere arrancar del cielo una revelación. Una, dos, cinco, seis veces pregunta a Dios si después de tantas penitencias se salvará o no. Entonces el demonio, que hacía diez años perseguía inútilmente al siervo de Dios, hallándole en este momento de desconfianza y soberbia, cae sobre él, y tomando figura de ángel, se le aparece: «Dios, Paulo, te ha escuchado; ve a Nápoles, y entrando por la Puerta del Mar, hallarás un Enrico, hijo de Anareto; observa sus acciones y palabras, porque el fin que aquel tuviere, ese fin tendrás tú». El indiscreto temor de Paulo

se cambia en indiscreto gozo; no duda que el tal Enrico será todo un santo, y sin perder momento se dirige a Nápoles. Mientras aguarda a Enrico junto a la Puerta del Mar, aparecen varios galanes con sus amigas que se disponen a merendar en la playa, lastimando con su desvergonzada charla los oídos del solitario que allí espera oculto. En su algazara, aquella gente alegre abre un certamen, cuyo laurel se llevará quien pueda ostentar más robos, salteamientos, cuchilladas, muertes y otras hazañas de este jaez; cada uno hace su lista, como en el *Tenorio* de Zorrilla, y a todos vence un Enrico espadachín, matón, sacrílego, que ha llegado ya al refinamiento de hacer mal por gusto y de jurar de continuo para más ofender al cielo. En vano Paulo no quiere oír las soeces conversaciones de aquellos desalmados; el nombre de Enrico sonaba en ellas frecuentemente, y esto le hacía desear con mayor impaciencia la llegada de su Enrico, de Enrico el virtuoso, que le librase del tormento de escuchar más. Pero Enrico el santo tardaba, y el otro Enrico no cesaba de relatar sus fechorías, cifra y compendio de toda la rufanesca. Verdad es que, en medio de todo, aquel Enrico tenía corazón, y al hacer alarde de los crímenes

deja oír que sustenta con cariño a su tullido padre Anareto con el dinero que quita a la amiga Celia. Al oír al que habla llamarse Enrico, hijo de Anareto, los dos mismos nombres que el ángel había dicho, Paulo rompe a llorar desconsolado.

Hasta aquí, Tirso no hizo mas que dramatizar el cuento de San Pafnucio, mezclándole algunos toques del de D. Juan Manuel. En todas las versiones cristianas anteriores hallamos sólo una apacible historia de edificación moral; en todas aparecen ermitaños celosos de su aprovechamiento en la virtud, humillados por una revelación celeste que al fin acatan sumisos. Pero ahora, Tirso aparece a nuestros ojos derribando con mano inspirada los seculares mojones de la leyenda y ensanchando desmesuradamente su alcance moral, su grandeza poética. Al agregarle su desenlace diferente, al prolongar la malsana curiosidad del ermitaño en desconfianza, en rebeldía inquieta y en desesperación final, dió al asunto una fuerza terriblemente trágica, y le hizo capaz de recibir en sí profundidades teológicas convertidas por maravillosa manera en elementos poéticos. Paulo no se humilla como el brahmán, como el rabí, como el ermitaño tradicional. Al ver que Enrico, al cual

Dios le compara, lleva malvada vida, no duda que ambos bajarán a los tormentos infernales, no repara que en la desvergonzada relación que de sus hazañas hace aquel perverso se descubre una virtud que hubiera satisfecho a un San Pafnucio, a un San Antonio. Paulo no concibe que Enrico pueda salvarse, y, creyéndose unido a él en igual destino, se juzga reprobado desde la eternidad; aborrece las inútiles penitencias, no piensa sino en la apostasía, y aunque todavía pide de ella perdón al recto juez que le condena, decide vengarse del cielo igualando en maldades a Enrico.

La segunda jornada del drama nos presenta a Enrico que se dispone a cumplir su oficio de matón y despachar una muerte que ya tenía cobrada por adelantado. Pero mientras llega la hora, va a asistir a su padre, en presencia del cual el perverso rufián pierde toda su ferocidad. Con amoroso cuidado reanima la vida que se apaga en aquel anciano tullido; tráele en el lenzuelo la comida que compró con dinero quitado a su amante, reservado del juego o robado en peligrosos escalos; pónele la mesa y le ayuda a acercarse, arropándole con esmero femenino; escucha embelesado los consejos del viejo Anareto; procura ocultarle sus fecho-

rías, para que no reciba por ellas el menor disgusto de tantos como con sus crímenes causa; hasta ofrece casarse por no desobedecerle. Esta escena de Enrico y su padre, ideada con una delicadeza a la par que con una desenvoltura y atrevimiento extremos, esta escena que tentó la imitación de Moreto, Rosete Niño y Jorge Sand, ¿no recuerda la del cuento morisco, entre Jacob el carnicero y sus impedidos padres, más tosca y pobre, pero esencialmente igual? He aquí un rasgo conservado con una exactitud pasmosa: el cazador Dharmavyadha, el carnicero Jacob y Enrico sirven por sí mismos de comer a sus decrepitos padres, y éstos bendicen al buen hijo. Ya dije que los ermitaños de Egipto olvidaron en el cuento el amor filial como mortificante para la vida ascética; pero Tirso no rehuyó este contraste: en un arranque genial restituyó la leyenda a su estado primitivo, y el anacoreta indio que abandonaba a sus padres por recitar los libros sagrados, volvió ahora entre los cristianos a ser humillado por el buen hijo. Claro que esta feliz restauración no pudo ser casual, y por este rasgo, así como por otro muy importante de que luego hablaré, creo evidente que Tirso conoció la leyenda morisca u otra cualquiera re-

dacción muy parecida que corriese entonces por España.

Pero sigamos recorriendo la serie de incidentes con que en Tirso aparece enriquecida la leyenda hasta llegar a un desenlace enteramente nuevo. Enrico, por respeto a su padre, deja de cometer la muerte que ya tenía cobrada. Sobre esto se levanta pendencia con el pagador, a quien Enrico mata, y de las garras de la justicia escapa por mar, nadando, hasta que le salvan de las ondas unos bandidos de la cuadrilla de Paulo. Paulo, poseído de una sed insaciable de pecar, se había hecho bandolero en la selva antes testigo de sus penitencias. Un pastorcillo se le presenta tejendo una corona para la perdida oveja que busca con amor en aquellos valles, cantando un divino romance:

No desconfíe ninguno,  
aunque grande pecador,  
de aquella misericordia  
de que más se precia Dios.

Pero Paulo, que tan fácilmente se dejó arrastrar por las palabras del demonio, resiste tenaz los impulsos de la gracia; se conmueve al escuchar al pastorcillo, pero descamina su aviso, deseando

averiguar si Enrico, a cuya suerte se cree ligado, tiene intención de arrepentirse o no. Y entonces mismo le traen sus bandoleros a Enrico que acaban de salvar del agua. Paulo, queriendo probarle, le manda atar a un árbol para que le asaeten, y mientras los bandidos se preparan a hacerlo, viste Paulo su sayal religioso y predica contrición al sentenciado. Inútilmente. Enrico le despacha con brusquedad y pide cuanto antes la muerte, sin dar oídos a las ansiosas exhortaciones del ermitaño. La desesperación de Paulo es ya completa. Manda desatar a Enrico y le cuenta la revelación que une la suerte de ambos. Enrico le replica: «Las palabras que Dios dice por un ángel encierran cosas que el hombre no alcanza; yo no hubiera dejado la vida que tú seguías, pues dejarla ha sido desesperación, venganza y rebeldía al poder celeste. *Yo soy el hombre más malo* que ha producido la naturaleza,

mas siempre tengo esperanza  
en que tengo de salvarme,  
puesto que *no va fundada*  
*mi esperanza en obras mías,*  
sino en saber que se humana  
Dios con el más pecador  
y con su piedad le salva».

Iguales palabras dice Jacob, según la leyenda morisca, que sin duda, por sí misma o por alguna variante, influyó en Tirso para poner en el bandolero del cuento de San Pafnucio este profundo sentimiento de esperanza absoluta en Dios y desprecio de sí mismo. Jacob dice a Moisés iguales palabras que Enrico a Paulo: «*Yo soy de los del fuego del infierno*, pero tengo confianza (seuza, dice el texto aljamiado) en el perdón y la piedad de mi Señor, *no por mi ayuno, ni por mi oración, ni por mi limosna*, empero por la piedad de mi Señor».

Enrico se entiende pronto con Paulo, y añade: «Pero ya que has hecho el desatino de dejar tus penitencias, vivamos alegres en esta montaña mientras llega la muerte». El ermitaño y el rufián que de tan opuesto camino venían, se encuentran al fin en su vida, para luego volverse a separar. Uno y otro son ya bandoleros; ¡pero cuán diferente es el impulso que les arrastra al crimen! El que vivía en santidad, por la orgullosa estima de sus méritos y la desconfianza de Dios, desecha todas las virtudes sin guardar siquiera un rastro de ellas, se cierra todo camino de redención lanzando al cielo sus delitos para desafiar el castigo. El que creció en el libertinaje, aunque se halla ya

casi imposibilitado para el bien, por el humilde desprecio de sí y la esperanza en un auxilio superior a sus fuerzas, hace fructífero el ejercicio de una sola virtud que conserva, y redime su alma. Le salva su amor filial.

Al decidirse a vivir como forajido con Paulo, se acuerda Enrico de su padre abandonado, y para traerlo consigo, vuelve temerariamente a Nápoles de donde venía huyendo. Pero la buena estrella que le ayudaba en sus crímenes, no le ayudó en su arranque supremo de amor; al entrar en la ciudad cae en manos de la justicia y es sentenciado a muerte. Ya en la cárcel, se disputan el corazón de aquel malvado el cielo y el infierno, el demonio abre un portillo en el muro del calabozo para que huya el criminal, pero éste, al salir, oye una voz:

Detente, engañado Enrico,  
no huyas de la prisión;  
pues morirás si salieres,  
y si te estuvieres, no.

Y dócil a este aviso de la gracia, desprecia la libertad. Está muy lejos el reo de darse cuenta de aquel impulso a que obedece sin saber por qué; la idea de la horca le enfurece y rechaza colérico

el arrepentimiento de la confesión, ¿qué memoria puede hacer él de sus innumerables delitos? «Dios es grande, dice, y su misericordia me puede salvar si quiere». Y le salvan esta confianza en Dios y aquella única virtud de su vida. Cuando más lejos estaba del arrepentimiento y más cerca del cadalso, el viejo Anareto salta de la cama, y apoyado en sus muletas llega a despedirse del hijo. A las severas exhortaciones del padre para que no desafíe la bondad divina, el criminal que poco antes se batía con los eslabones de su cadena contra los esbirros y amenazaba a los que le hablaban de penitencia, pierde toda su diabólica pujanza para trocirla en ternura, y guiado por su padre, marcha a reconciliarse con Dios y al patíbulo, sintiendo ya muerta dentro sí su alma fiera y dura.

—Vamos, hijo. —¡A morir voy!  
¡todo el valor he perdido!...  
—Dios te dé favor. —Si hará,  
que es mar de misericordia,  
aunque yo voy muerto ya.

Así Enrico alcanza la gloria por la mediación de Anareto, como Jacob, en el cuento morisco, por la bendición de sus padres.

Muy distinto era el ánimo de Paulo. Desde que vió la impenitencia de Enrico atado al árbol, cae en los tormentos de un condenado en vida. El pastorcillo que antes le había hablado de misericordia, quiere sacarle de este infierno anticipado y se le presenta de nuevo continuando su mística parábola: todavía anda, los pies sangrientos, buscando la mejor oveja que está perdida, llamándola con silbos; y viendo que no acude, deshoja la corona que antes tejía para ella, y esparce por tierra sus flores mezcladas con lágrimas. Ni las dulcísimas palabras de este pastorcillo, ni la visión del alma de Enrico que del patíbulo es recogida por los ángeles, sacan a Paulo de su triste desconfianza. Acosado por un escuadrón de villanos, que anda persiguiendo a los bandidos del monte, es herido, e incrédulo de la salvación de Enrico y seguro de que la suerte de ambos será fatalmente igual, muere en desesperación, sin querer acogerse a la misericordia divina, de la que se cree desheredado. Los villanos buscan su cadáver entre las matas y le hallan en visión infernal: «¡Si a Paulo buscáis, aquí tenéis a Paulo ceñido de fuego y de culebras; pequé desconfiando de la piedad de Cristo, y acabo de oír de su boca la eterna conde-

nación: baja, maldito de mi padre, a los abismos espantosos!»

Este desenlace trágico dado a la leyenda del *ermitaño comparado a un ladrón*, procede de habersele asociado otra del *ermitaño que apostata al ver salvarse un ladrón*. De ella encuentro variantes en ejemplarios de la Edad Media muy leídos todavía en tiempo de Tirso.

Un ladrón rogó muy arrepentido a cierto ermitaño le recibiese en su compañía para hacer penitencia; pero el ermitaño le despreció y despidióle sin consuelo. Mas el ladrón, perseverando en su propósito, quiso hacerse una ermita, y al cortar para ello un árbol le aplastó el tronco; y así murió en vehemente contrición de corazón. En el mismo momento vió el ermitaño descender santos ángeles que recibieron el alma del ladrón y la llevaron al cielo; turbado por lo cual, decía: «¿Qué hago yo aquí en el yermo? Ese hombre fué toda su vida un malvado ladrón, y ahora, sólo por su buena voluntad, sube a los cielos. ¡Cuántos años hace que yo habito la soledad y no he alcanzado otro tanto! Iré, gozaré del mundo, me haré ladrón

y después al fin también me salvaré como éste». Y entregándose a la vida de bandido, le persiguieron los guardias de la ciudad, y cayó muerto, llevándose los demonios su alma al infierno.

En otra variante el ladrón no va a hacer penitencia, sino que, como Enrico, acepta la muerte que le dan sus perseguidores, diciéndoles: «Yo os ruego que venguéis a Dios de mí»; *vénquese en mí el justo cielo*, dice también Enrico, atado al árbol para ser asaeteado.

Este cuento inspiró a Tirso la segunda mitad del drama: la secularización de Paulo, su vida de ladrón, el alma de Enrico llevada por los ángeles con escándalo del ermitaño, y la desastrada muerte de éste herido en una batida.

Así tenemos reconstruido a grandes rasgos el cauce por que corrió el pensamiento a través de las edades hasta llegar a la concepción del Maestro Tirso.

El ejemplo del *ermitaño apóstata* entró casi intacto en el drama. Y escogido como desenlace, hubo de influir hondamente en el otro cuento del *ermitaño comparado a un hombre despreciable*. En éste, a su vez, la armazón legendaria, el aspecto exterior permanece, podemos decir que sin altera-

ción a través de los siglos; mas el pensamiento se revolvió dentro a sus anchas, según la mudanza de los tiempos y los pueblos. El cazador indio, muy virtuoso y resignado con su triste suerte, pero muy preciado de sus virtudes, fué entre árabes y hebreos carnicero de fama vil que tiene la sola virtud del amor a sus padres y la esperanza humilde. Su humildad, ajena al relato indio, se hizo esencial en todas las versiones derivadas, y engendró entre los cristianos el tipo encantador del pobre de espíritu que compensa con su modestia todas las prácticas del monje. Esta humildad brilla aún en la variante más atrevida, la que mejor reflejó el tipo del çudra de oficio abominable, la variante de San Pafnucio; pero el ladrón comparado a este anacoreta está ideado de modo superficial, pues iguala todos los méritos ascéticos con sólo dos hazañas generosas en medio de sus latrocinios, sin suponerse en él la práctica constante de una virtud que dulcifique la vida depravada. Esta virtud se la dictó a Tirso la tradición española, que conocemos en la leyenda morisca; el poeta, reuniendo en uno el ladrón comparado a San Pafnucio y el carnicero morisco honrador de sus padres y confiado en Alah,

ideó su Enrico, depravado pero de arranques generosos y lleno de amor filial, malvado y virtuoso a la vez, sacrílego y dócil a las inspiraciones del cielo, feroz y tierno, altivo y humilde; su alma es campo donde riñen batalla el mal que sobrepuja y el bien que apenas respira; pero en el fondo de tan lóbrega conciencia luce siempre, aunque oscurecida, la estrella de la esperanza en Dios, el albor que anuncia la mañana.

Evolución más radical sufrió el alma del otro personaje del cuento. Aquel brahmán indio era tipo moral bastante burdo; muy docto en los Vedas, pero mal hijo, orgulloso y colérico hasta lo brutal. En las variantes derivadas se acendró mucho: primero se olvidó el pecado contra sus padres, y en las versiones cristianas llegó a ser un perfecto santo, del cual hasta se disculpa u olvida el momento de curiosidad temeraria y de orgullo que envuelve su pregunta sobre el compañero en el paraíso, pues él borra todo con su humillación posterior. Una variante española, la del Príncipe D. Juan Manuel, hace notar cómo el ermitaño peca contra el abandono que debemos de nuestras cosas en manos de Dios, y así este religioso varón, después de haber subido la pendiente de

la perfección moral eliminando sus faltas más groseras, cayó en otras más sutiles, más espirituales, y rodó otra pendiente opuesta. El ermitaño de Tirso aparece rico en todas las virtudes del ascetismo, pero falto de la serena calma del santo. Indiscreto en su celo, recorre un siniestro proceso moral: parte de la prudente duda de su perseverancia en el bien, pero turbado por anhelos inquietos pierde toda confianza en Dios; el ansia de una expresa revelación de su destino y el orgulloso desprecio del pecador le arrastran a la más infernal desesperación; y atormentado por ella, desafía los impenetables juicios de Dios, quiere vengarse del cielo y nivelar con espantosas maldades la divina balanza, que él acusa de infiel y fraudulenta. Tirso, creando esta arrogancia sacrílega, interpretando con esta originalidad y vigor la leyenda de la comparación de los méritos que en sus múltiples formas cristianas se resolvía en la santa humildad del ermitaño, unió el nombre de Paulo a la legión de los rebeldes contra el cielo, a la triste procesión de los reprobados después de parecer elegidos, como el rey Saúl, como el apóstol Judas, y encarnó así en el drama los más pavorosos misterios de la muerte y de la